



Artículos y Ensayos

PONERSE EN EL LUGAR DEL OTRO... "UN NARCISISMO MUY CONOCIDO"

JORGE LUIS CRESPO SUÁREZ

RESUMEN

El presente trabajo propone un análisis de la frase de sentido común "ponerse en el lugar del otro", y las implicaciones de su empleo literal en la práctica psicoterapéutica.

Se concluye que "ponerse en el lugar del otro" no garantiza la empatía ni la calidad técnica de las intervenciones, puesto que tras este eslogan se justifican y deslizan los procesos identificatorios y resistenciales del terapeuta.

Palabras claves: Psicoterapia, identificación, empatía, resistencia.

PUTTING IN THE PLACE OF THE OTHER... "A VERY WELL KNOWN NARCISSISM"

SUMMARY

This paper analyzes the popular maxim of "putting oneself in someone else's place" (or "walking in someone else's shoes"), and explores the repercussions of its literal application in psycho-therapeutic practices. Through this analysis, I arrive at the conclusion that to "put oneself in someone else's place" guarantees neither empathy nor the technical quality of therapeutic interventions, as this common-sense maxim serves to justify and mobilize processes of identification and resistance in the therapist.

Key words: Psychotherapy, identification, empathy, resistance.



Una arrogancia común en el ámbito de la enseñanza y las tribunas de reafirmación respecto a las relaciones de ayuda, y en particular la psicoterapia, es la mística de ese eslogan que plantea que para que una relación funcione *humanamente* “hay que ponerse en el lugar del otro”. Frase vitoreada con rimbombancia tan mecánica que no deja revelar cuanta ingenuidad traduce. Caminillo que, bajo la propina y tutela luego del calificativo de “empatía”, funciona tanto de bandera como de sentencia a las cadenas.

Primero que nada, la pseudoconceptualización “ponerse en el lugar del otro”, a la que se pretende reducir intuitivamente la experiencia de la empatía, desde su literalidad revela una contradicción. No puede uno ponerse en el lugar de otro sin comprender que en dicho evento, imaginario, lo desplaza. Por tanto, intúyase cuanta violencia conlleva someterse con complacencia a esta ilusión. En psicoterapia cada cual tiene su lugar, y lo terapéutico tiene su garantía en ello.

El aliciente de “ponerse en el lugar del otro” puede llegar a asumirse como “intentar acercarse a experimentar lo que el otro experimenta, para poder comprender lo que a este otro apremia”. Algo así como que “ahora que soy él (el otro), lo veo cómo él, y comprendo lo que a él le pasa, pues puedo experimentar que a mí me sucedería igual... (o no)” Pero, por estas claves que nos regaló Freud (1984), sabemos que uno no encuentra, vía identificación, en el otro, otra cosa que lo que uno mismo aporta. En esta clase de empatía en la que “ponerse en el lugar del otro” no es más que adjudicarle nuestros propios colores, es donde podemos reconocer, cada vez, que lo que creemos que el otro padece es lo que nosotros padeceríamos en similares hormas.

La más mínima acción terapéutica del psicoterapeuta, so pena de un contrasentido ético y operativo, no precisa de esta beata declaración de canje posicional. La pasión atónita que



rodea este glamur en el discurso, indica que quienes usufructúan de esta gracia no están posesos sino de los consabidos procesos de identificación que tienen lugar en toda relación de ayuda. Esto en sí no es el peligro pues sería efecto inevitable, sino su transducción en el meollo irreductible de una intervención con licencia abierta para su explotación.

El proceso de identificación ha sido comprendido como el mecanismo mediante el cual se asimila del semejante un rasgo como propio (Laplanche & Pontalis, 1981), ya sea deseado, rechazado o compartido, reaccionando en función del valor afectivo dado al mismo. Esto implicaría diversas maniobras que culminan, para la experiencia del sujeto, en su posicionamiento y reacción ante al otro, al menos, en escalas de aceptación-rechazo, e idealización-denigración.

Así, se trataría de un proceso subjetivo que culmina en un posicionamiento valorativo tanto como una disposición subjetiva, fijada por dicha experiencia particular, hacia determinados rasgos del otro, que concluyen en una reacción emocional inmediata y desregulada, desde la simpatía hasta la antipatía, y sobre justificada, desde la idealización a la denigración.

Acordar con esto sería suficiente para advertir el riesgo de dar riendas sueltas a esta iluminación de “ponerse en el lugar del otro” como máscara de los procesos identificatorios, resistenciales, que parten del psicoterapeuta. Pero lo peor es que este lema, en su ostentación de mandar una actitud que ultime garantías, conduciría con frecuencia a un montaje sobreactuado, en tanto la identificación solo puede advertirse como un proceso espontáneo de la subjetividad y colegirse *a posteriori*. Es justamente en



esta pompa de comandar lo espontáneo donde se autoconcesiona la farsa y la traición el psicoterapeuta.

Así, las consecuencias de instalarse en esta suerte de empatía por identificación se podrían traducir en efectos de: pérdida (perversa) de neutralidad al adjudicar a otro algo de uno mismo al mismo tiempo que se sostiene como objetivo y ajeno; pérdida (neurótica) de la neutralidad al traspasar al dominio emocional la calidad del vínculo que es, bajo estas luces, vivenciado en escalas de aceptación-rechazo, e idealización-denigración; y pérdida (técnica) de la calidad calculada de las intervenciones y el timing, que bajo esta instancia constituirían meras reacciones emocionales desreguladas e impulsivas.

La sugerencia, como alternativa, es que se comprenda, primero, que *en psicoterapia* ponerse en el lugar del otro no es ser empático, como tampoco laburar identificado lo es, y segundo, que si bien la empatía es una herramienta terapéutica que deviene de una habilidad desarrollada, la identificación es un obstáculo inevitable que entra en juego de mano de la historia y estructura psíquica de cada participante de la relación.

Cuando tanta praxis se avala en nociones de sentido resueltamente común, donde la psicoterapia en particular puede perder todo su tinte y especificidad, mi propuesta es que, “ponerse en el lugar del otro” no tiene ningún sentido, psicoterapéutico al menos. Así, *cada cual en su lugar* sería en cambio la directriz específica, y más aún, la posibilidad real de construir una empatía terapéutica.

La Empatía en psicoterapia se basa en acciones que constituyen una suerte de control del psicoterapeuta respecto de todo afán, en cualquier relación humana, de apoderamiento y dominio del semejante tanto como de asimilación y juzgamiento de la experiencia ajena vía los códigos personales, constituyendo un aspecto garante de su neutralidad, y



apuntando a configurar una posición subjetiva en el otro matizada por la vivencia de seguridad y no amenaza de una relación ajena a la rivalidad y prudentemente interesada en su mejoría.

Para realizar esto, ponernos en el lugar del otro, intuitivamente hablando, es algo que hace mucho tiempo hemos de haber aprehendido bien; sin embargo, profesionalmente hablando, es justamente cuando más vale no alentarnos a valerlos de ello.



Referencias:

Freud, S. (1992). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1921)

Lacan, J. (2007). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En *De los nombres del padre*. (pp. 11-64) Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1953)

Laplanche, J. & Pontalis, J. (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Labor, Buenos Aires.